

CAPITULO V.

De la saludable revolucion que preveia
Filangieri.

« Una fermentacion saludable va á produ-
cir la felicidad publica. »

INTRODUCCION, p. II.

Si solo se juzgase por las apariencias, no podria menos de apoderarse de nosotros un sentimiento de tristeza y lástima por la especie humana, al comparar el porvenir que Filangieri le promete aquí, con el estado en que se encuentran hoy casi todos los pueblos de Europa. ¿En que se ha convertido ese deseo de mejoras y reformas que animaba á las clases superiores de las sociedades? ¿Donde está esa libertad de imprenta que honraba á la vez, á los príncipes

que no la temian, y á los escritores que hacian uso de ella? ¿Esa supersticion cuya derrota celebra el publicista napolitano, no es por ventura el mayor de los pesares de los depositarios del poder? Incapaces de reproducirla tal y cual existia antiguamente, ciega y cruel, pero sincera ¿no es verdad que se esfuerzan para ver de reemplazarla con demostraciones de sumision y con una intolerancia de cálculo, no menos funesta y mucho mas reprehensible? ¿No vemos que la hipocresia se dedica en todas partes á construir de nuevo lo que las luces habian derribado? ¿No se ponen en todas partes piedras de esperanza para el fanatismo? ¿Que importa que las pretenciones espirituales se hayan sometido á la autoridad política, si esta se sirve de la religion como de un instrumento, y obra asi contra la libertad con doble fuerza? ¿De que nos sirve haber despojado la opresion nobiliaria de su anti-

guo nombre de feudalidad, si vuelve á aparecer tan exigente y mas astuta bajo una nueva denominacion? Si la dominacion escapada á los señores feudales debe volver á los grandes propietarios que son por lo comun los mismos señores feudales de los tiempos pasados: si la gran propiedad inalienable por las substituciones, y siempre en aumento por esta sola causa restablece la oligarquía En fin, asi como la feudalidad trata de renacer bajo un nombre menos espantoso, el despotismo, que las costumbres habian suavizado ¿no abjura sus demostraciones filantrópicas? ¿No ha substituido el añejo axioma del derecho divino con una terminalogía que no le lleva otra ventaja que la de ser mas abstracta y no se prevalece igualmente de ella para impedir á los pueblos cualquier examen de las leyes y toda resistencia á la arbitrariedad?

No obstante, esta triste comparacion

de lo que ha sucedido, con lo que teniamos derecho de esperar, no debe en manera alguna desalentarnos: el reves momentaneo estaba en la naturaleza de las cosas asi como el triunfo definitivo está tambien en ella.

Cuando los filósofos proclaman los principios de la justicia y de la libertad, sucede con frecuencia que las clases que llaman superiores se alistan bajo sus banderas, por que presentándose las consecuencias de los mismos principios, aun todavia de una manera demasiado confusa, no causan la menor zozobra: nos engañariamos, pues, en suponer que perseverasen estas clases en querer el sistema que aparetan, y aun mas diré que creen entonces adoptar, Existe en el corazon del hombre una necesidad de aprobacion á la cual se deja arrastrar el poder mismo cuando se lisongea que para satisfacerla no tendrá que hacer el menor sacrificio real. De aquí se signe

que cuando la opinion se demuestra con fuerza contra el despótismo, el orgullo nobiliario, ó la intolerancia religiosa, los reyes, los nobles y los sacerdotes, tratan de agradar á aquella opinion y los privilegiados de diversas especies hacen, ostensiblemente, causa comun con la masa de las naciones contra sus propias prerogativas y hasta suelen ser sinceros en la abnegacion que manifiestan. Como conquistan los aplausos repitiendo unos axiomas cuya aplicacion no se anuncia de modo alguno próxima, el encanto de sus palabras les causa emociones desinteresadas y se imaginan que si llegára el caso, (siempre en la persuacion de que no llegaría) se prestarían á lo que dicen.

Pero cuando llega el momento de la realidad, viene el interes á pedir cuenta á su amor propio de los empeños que ha contraído. Este amor propio los habia hecho fáciles en teoría; pero el

interes los hace furiosos en la práctica. Alababan las reformas á condicion que no se verificasen, cual aquellos que celebraban el astro del dia con tal que durase siempre la noche : y en efecto ha aparecido la aurora, y casi todos los que la habian invocado se han declarado contra ella, desapareciendo como vanos resplandores todos los presajios de mejoras cuya pomposa enumeracion nos ofrece Filangieri.

Este movimiento retrogrado era, como se ve, inevitable, y nos demuestra una verdad muy importante, á saber, que todas las reformas que vienen de arriba son siempre engañosas. Si bien es cierto que el interes no es el móvil de todos los individuos, por que los hay entre ellos de una naturaleza muy noble y superior á los mezquinos conceptos del egoismo, no lo es menos que el interes es el móvil de todas las clases : asi es que nunca puede esperarse nada efi-

caz ni completo de una corporacion que parece obrar contra sus interes; pues por mas que lo abjure momentaneamente, es indudable que volverá siempre á ello; y cuando llegue el momento de consumir el sacrificio, retrocederá haciendo valer algunas restricciones ó reservas, sobre las cuales contaba en el instante mismo de sus promesas de abnegacion y patriotismo.

Testigos somos hoy de todo esto. La monarquía absoluta, el clero y la nobleza, todos quieren recobrar las prerogativas abdicadas, acusando al pueblo de usurpador por haber aceptado lo que se le habia ofrecido; y declamando injusticia y sorpresa con candorosa sencillez, únicamente por que se les cojió la palabra.

¿Pero inferirémos por estos esfuerzos infructuosos que se hallan burladas para siempre nuestras esperanzas, y perdida sin apelacion la causa de la humanidad? muy al contrario.

Debemos dar gracias al efimero entusiasmo ó á las imprudencias vanidosas de las diversas clases de privilegiados, las cuales han popularizado los principios contra los cuales ahora conspiran. Las naciones necesitan muchas veces para declarar la guerra á las instituciones que las oprimen, gefes sacados de las clases que se aprovechan de aquellas. El demasiado abatimiento quita el valor, y los que ganan en los abusos son algunas veces, los únicos capaces de atacarlos. Estos gefes reunen el egército popular, lo disciplinan é ilustran; Feliz cuando permanecen fieles! pero si desertan queda siempre en pie de guerra, y reemplazan fácilmente los apóstatas que lo abandonan con hombres sacados de su seno y mas identificados con su causa. La victoria transferida, quizas, á otra época es mucho mas cierta y completa, por que entre los vencedores no hay ya intereses

diferentes que paralicen la marcha ó hagan traicion al obgeto.

No temamos pues nada de las confederaciones momentaneas, de las declamaciones de circunstancia, ni de la astuta ostentacion de las fuerzas para imponernos espanto. Nadie se adorna impunemente con las divisas filosóficas; el despotismo, el orgullo nobiliario, el poder sacerdotal, todos en fin, han querido tener este honor: preciso es que sufraguen los gastos, los cuales pueden disminuirse con una razonable resignacion, pero se acrecentarian cruelmente con la resistencia. Mas la suerte de la especie humana está ya decidida y el reinado del privilegio concluyó.

La tiranía no es temible, dice un autor ingles, sino cuando sofoca la razon en su infancia. Entonces puede contener sus progresos y mantener á los hombres en una larga ignorancia; pero no existe

mas que un solo momento para proscribir con fruto esta razon poderosa, y ese pasó; todos los esfuerzos son ya vanos; la lucha está empeñada y la verdad penetrará en todos los entendimientos: la opinion se separa del poder, y este desechado por aquella se asemeja á los cuerpos heridos por el rayo, que el contacto del aire los reduce á polvo.